

Agatha Christie[®]

The book cover features a dark grey background with a textured, charcoal-like appearance. A black revolver with a yellow grip and a yellow bullet is the central focus. A hand with red-painted nails is shown holding the revolver. A red cloth is draped over the bottom left, and another red cloth is at the bottom right. The title 'Agatha Christie' is written in a white, elegant cursive font at the top. The book title 'LOS ELEFANTES PUEDEN RECORDAR' is printed in bold white capital letters on the red cloth. The 'booket' logo is in the bottom right corner.

**LOS
ELEFANTES
PUEDEN
RECORDAR**

booket

Agatha Christie

Los elefantes pueden recordar

Traducción de Ramón Margalef Llambrich

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Elephants can Remember © 1972 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

El logo del monograma de AC y el icono de Poirot son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, POIROT y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Agatha Christie®

Traducción de Ramón Margalef Llambrich

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.
Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © David Sierra
Primera edición en Colección Booket: julio de 2019

Depósito legal: B. 11.693-2019
ISBN: 978-84-08-21387-1
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Un ágape literario

Mrs. Oliver se contempló en el espejo. Luego miró de soslayo el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Vagamente, recordó que marcaba la hora con unos veinte minutos de retraso. A continuación volvió a la tarea que tenía entre manos, el estudio de su peinado.

Lo peor de Mrs. Oliver era que cambiaba a cada momento de estilo de peinado. Ella reconocía esta debilidad suya. Los había probado todos, por riguroso turno. Al severo estilo Pompadour de cierta época de su vida había seguido otro basado en el desorden, como trazado por una fugaz ráfaga de viento, que daba lugar a una expresión del rostro más bien intelectual. O al menos ella esperaba que resultase intelectual. A los rizos geométricos había seguido el artístico desarreglo. Al final tuvo que admitir que aquel día su peinado era lo menos importante, un detalle accesorio, puesto que se iba a poner lo que en raras ocasiones usaba: un sombrero. En la parte superior del guardarropa de Mrs. Oliver había cuatro sombreros. Uno de ellos, concretamente, estaba destinado a las bodas. Para asistir a una boda hay que llevar un sombrero especial, ya que no todos sirven para tales acontecimientos. Mrs. Oliver, precavida, tenía en realidad dos de esta clase. Uno de ellos, guardado en una caja redonda, era de plumas. Se ajustaba perfectamente a su cabeza y resultaba muy útil cuando, por ejemplo, al salir de un coche para pasar al interior del templo (o

de un edificio oficial, como venía ocurriendo por entonces con frecuencia) caía algún pequeño e inesperado chubasco.

El otro sombrero era más complicado. Estaba destinado a las bodas veraniegas que se celebraban los sábados por la tarde. Tenía flores, encajes y una corta redecilla de tonos amarillos.

Los otros dos sombreros del guardarropa eran de uso más general. Uno de ellos era el denominado por Mrs. Oliver su «sombrero de casa de campo». Estaba hecho de fieltro y se acomodaba a muchos vestidos, puesto que contaba con un amplio borde inferior que podía abatirse o levantarse.

Mrs. Oliver tenía un jersey grueso, de abrigo, y otro fino, para los días simplemente cálidos. Ambas prendas, por su color, se acomodaban al tocado. Sin embargo, aunque ella usaba con frecuencia los jerséis, el sombrero casi siempre se quedaba en el guardarropa, pues, la verdad, ¿para qué ponerse un sombrero en el campo cuando el único objetivo era comer con unos amigos?

El cuarto sombrero era el más caro de los cuatro y reunía extraordinarias y duraderas ventajas. Mrs. Oliver pensaba a veces que por eso le había costado bastante. Consistía en una especie de turbante de varias capas de terciopelo que contrastaban entre sí por sus matices, haciendo que combinara bien con todos los vestidos.

Mrs. Oliver se detuvo, dudosa, llamando en su auxilio a Mary.

—¡Mary! —dijo, levantando la voz—. ¡Mary! Ven un momento.

Ésta acudió en su ayuda. La mujer estaba acostumbrada a aconsejar a Mrs. Oliver sobre la mayoría de sus atuendos.

—Va usted a llevar ese bonito y elegante sombrero, ¿verdad? —inquirió Mary.

—Sí —confirmó Mrs. Oliver—. Quería saber, sin embargo, si queda mejor colocado así o de la otra forma.

Mary dio un paso atrás, estudiando el sombrero.

—Creo que se lo ha colocado al revés —aventuró.

—Sí, ya lo sé. Lo sé perfectamente, pero no sé por qué me he figurado que queda mejor así.

—¿Por qué había de quedarle mejor?

—Es que así se ven los terciopelos azules y negros, que son preciosos. De la otra manera, lo que se ve enseguida son los tonos verde, rojo y chocolate, menos bonitos.

Mrs. Oliver se quitó el sombrero, cambiándolo de posición sobre su cabeza para fijar una intermedia.

—No, no —dijo Mary—. Así no le queda bien a su rostro. Creo que no le quedaría bien a ninguna mujer.

—Me parece que al final me lo pondré como siempre lo he llevado, derecho.

—Pues sí, es más seguro —corroboró Mary.

Mrs. Oliver se quitó otra vez el sombrero. Mary la ayudó a ponerse un bien cortado vestido de lana de color castaño. Seguidamente procedieron entre las dos a ajustar el tocado.

—Está usted muy elegante —manifestó Mary.

Eso era lo que a Mrs. Oliver le agradaba más de ella. Cuando se le daba un leve pretexto, Mary tenía siempre esa salida.

—¿Va usted a pronunciar algún discurso después del almuerzo?

—¡Un discurso! —Mrs. Oliver pareció sentirse horrorizada—. No, desde luego que no. Tú sabes que yo no hago nunca discursos.

—Bueno, yo creía que eso era lo obligado en las comidas literarias. A la de hoy van a asistir escritoras famosas, ¿no?

—Yo no tengo por qué pronunciar ningún discurso —afirmó Mrs. Oliver—. De eso se encargarán otras personas que sabrán quedar en mejor lugar que yo...

—Estoy convencida de que si usted quisiera podría pro-

nunciar un bonito discurso —aseguró Mary, queriendo tentarla.

—Ni hablar. Sé muy bien de lo que soy capaz. Conozco mis limitaciones, Mary. Jamás podré pronunciar un discurso. Creo que me pondría nerviosa, que tartamudearía, que repetiría las cosas. Causaría una mala impresión en mis oyentes. Lo de escribir es algo distinto. Paso incluso por lo de dictar palabras, frases. Me las arreglo bien con el lenguaje, siempre y cuando no me empeñe en componer un discurso.

—Bien, Mrs. Oliver. Estoy segura de que todo saldrá a su gusto. No obstante, si usted quisiera... Va a ser una comida importante, ¿verdad?

—Sí —repuso Mrs. Oliver—. Muy importante.

A continuación se preguntó por qué habría aceptado esa invitación. A ella le agradaba conocer sus motivaciones con anterioridad a los hechos, en lugar de obrar y preguntarse después la razón de sus actos.

Mary había regresado apresuradamente a la cocina. Había dejado algo en el fuego minutos antes.

—Supongo —se respondió a sí misma Mrs. Oliver, en voz alta— que en esta ocasión me ha impulsado la curiosidad. Porque me han pedido muchas veces que asistiera a comidas y cenas literarias, pero jamás había aceptado antes de ahora...

Mrs. Oliver llegó al último plato del ágape con un suspiro de satisfacción y se dedicó a jugar con los restos de merengue que quedaban frente a ella. Le gustaban los merengues, y aquél le había parecido delicioso, el broche perfecto de un espléndido menú... No obstante, cuando una persona llega a la mediana edad, debe andar con cuidado con los merengues. ¡La dentadura!

Ésta suele tener un aspecto magnífico. Se disfruta de la

gran ventaja de que no duele: los dientes postizos son blancos, parejos... Exteriormente son como los auténticos. Pero no son lo mismo, claro. Y no se fabrican con materiales de alta calidad. Al menos, eso era lo que Mrs. Oliver creía. Ella siempre había entendido que los perros, por ejemplo, poseían unos dientes de marfil auténtico, en tanto que los de los seres humanos eran de hueso, simplemente. O de plástico, suponía, en el caso de los postizos.

El caso era que cuando una persona se veía obligada a utilizar una dentadura postiza, al sentarse a la mesa debía adoptar ciertas precauciones. De lo contrario, podía pasar muchos apuros. La lengua, por ejemplo, era un plato difícil, así como las almendras saladas, los pasteles de chocolate con rellenos duros, los caramelos y el merengue, deliciosamente adherentes. Con un suspiro de satisfacción, engulló el último bocado. Sí. Aquélla había sido una buena, una buenísima comida.

Mrs. Oliver lo había pasado bien. Se había sentido a gusto enseguida entre las personas que la rodeaban. La comida, en principio pensada para festejar a varias célebres escritoras, se había ampliado, por suerte, y los organizadores habían invitado a varios escritores y críticos, y también a miembros distinguidos del público lector. A Mrs. Oliver le había tocado sentarse entre dos encantadores representantes del sexo masculino.

Uno de ellos era Edwin Aubyn, cuyas poesías siempre le habían gustado. Aubyn era un gran conversador, que había vivido diversas experiencias interesantes durante sus viajes por el extranjero. El tema de la buena mesa le gustaba mucho y los dos, de mutuo acuerdo, hablaron de platos y restaurantes famosos, dejando a un lado la literatura.

Sir Wesley Kent, al otro lado de Mrs. Oliver, también había sido para ella un agradable compañero de mesa. Había dicho no pocas cosas halagadoras acerca de sus libros,

pero de un modo muy particular, que no la hacía sentirse abrumada. Al justificar su interés por dos o tres de sus obras, había sabido exponer argumentos convincentes, por cuyo motivo Mrs. Oliver se formó una opinión muy favorable de él.

Mrs. Oliver se dijo que los elogios, cuando vienen de los hombres, son siempre aceptables. Las mujeres caían en unos extremos ridículos, absurdos. ¡Qué cosas le habían escrito algunas! Claro, no sólo recibía cartas de mujeres. A veces le escribían jóvenes emocionales que vivían en países lejanos. Una semana atrás había recibido una carta de un admirador en la que éste le decía: «Leyendo su libro me he dado cuenta de lo noble que debe de ser usted». Después de la lectura de *La Segunda Carpa*, el joven había caído en una especie de éxtasis literario que a juicio de Mrs. Oliver no estaba justificado. Francamente, lo encontraba algo exagerado.

Ella no era modesta por sistema. Creía, sinceramente, que las novelas policíacas que escribía figuraban entre las buenas del género. Algunas quedaban por debajo del nivel general de su obra y otras lo superaban. Pero no había escrito nada que pudiera inducir a la gente a pensar que era una mujer muy noble. Era, sencillamente, una mujer afortunada que había tenido la suerte de llegar a escribir libros que a la gente le gustaba leer. «Una suerte maravillosa», se dijo Mrs. Oliver.

Bien. Considerando todas las cosas que habían concurrido en aquella comida, había salido de la prueba complacida. Había pasado un buen rato, charlando con personas agradables. Ya se trasladaban todos al sitio en que iba a ser servido el café. Se le deparaba, pues, la oportunidad de alternar con otros asistentes al ágape literario. Mrs. Oliver sabía perfectamente que éste era uno de los momentos más peligrosos de la reunión. Ahora aparecerían algunas mujeres cuyos ataques tendría que soportar. Los ataques, por

supuesto, serían a base de extremados elogios. En estas condiciones, ella se sentía siempre ineficiente. No daba jamás con las respuestas adecuadas porque era difícil contestar adecuadamente.

Afirmación clásica: «Tengo que decirle que me agrada mucho leer sus libros, que a mi juicio son maravillosos».

Contestación de la agobiada autora (en su caso): «¡Oh! Es usted muy amable. Me satisface muchísimo que le gusten mis obras».

«Hace meses que deseaba conocerla. Ésta es una experiencia realmente deliciosa.»

«¡Oh! Muy amable, muy amable. ¡De veras!»

Estos diálogos se producían así. Los dos interlocutores no acertaban a dar con otro tema. Había que hablar forzosamente de los libros propios, o de los de la otra persona, si se conocían. Era una especie de telaraña literaria, de la que no había manera de salir. Algunas escritoras se las arreglaban bien, pero Mrs. Oliver era consciente de su falta de habilidad en ese terreno. Con ocasión de una breve visita a una embajada de su país en el extranjero, una amiga suya había llegado a darle ciertas normas, a su parecer de gran utilidad.

—La he estado escuchando —le dijo Albertina, una encantadora joven—. He estado escuchando sus contestaciones a las preguntas que le hizo ese periodista que ha venido a entrevistarla. No se ha mostrado debidamente orgullosa de su trabajo, a mi entender. Usted tendría que haber dicho: «Sí. Yo escribo bien. Entre las escritoras que cultivan el género policíaco soy la mejor».

—Bueno, a mí no se me da mal el género, pero...

—¿Ve usted? Hay que hacer afirmaciones más rotundas, Mrs. Oliver.

—Albertina, querida —contestó Mrs. Oliver—, esos periodistas deberían entrevistarte a ti. Tú sabrías quedar en mejor lugar que yo. ¿Por qué no te haces pasar por mí por

un día? Yo me limitaría a escuchar vuestra conversación al otro lado de la puerta.

—Sí. No es mala idea. Nos divertiríamos bastante. Pero el periodista de turno se daría cuenta enseguida del engaño. La conocen por las fotografías. Usted diga siempre: «Yo soy la mejor escritora de novelas policíacas». Eso se lo tiene que decir a todos. La prensa aireará sus palabras. ¡Oh, sí! Resulta terrible oírle hablar de su labor en tono de excusa. Tiene usted que cambiar. Debe adoptar esa táctica.

Mrs. Oliver pensaba que en aquella ocasión se había comportado como una actriz torpe que no logra aprender su papel. El director (Albertina) la había llevado de la mano, esforzándose por conducirla por el buen camino.

Bien. Allí no se había visto en situaciones apuradas. La habían abordado unas cuantas mujeres, que la esperaban cuando abandonaron la mesa. Todavía veía dos o tres por los alrededores. Daba igual. Si le dedicaban algunos elogios, respondería: «Es usted muy amable. Me siento muy complacida por sus palabras. Para mí es una enorme satisfacción saber que a la gente le gusta leer mis libros». Recurriría a las frases de siempre. Y en cuanto se presentara una oportunidad saldría de allí, despidiéndose cortésmente de las personas que estuviesen más cerca de ella.

Miró a su alrededor y descubrió los rostros de algunos amigos y admiradores. A cierta distancia divisó a Maurine Grant, una persona muy divertida. Hombres y mujeres habían abandonado ya la mesa, repartiéndose por sillas, sillones, sofás y acogedoras rinconeras. Estaba viviendo el momento de mayor peligro, se dijo Mrs. Oliver. En el instante menos pensado podía verse abordada por alguien no recordado por ella, por alguien con quien no quería hablar o que deseaba evitar a toda costa.

De pronto, sus ojos se fijaron en una mujer de gran estatura y además corpulenta. Era lo que un francés hubiera denominado *une femme formidable*. Sus ademanes eran se-

guros, como de quien está habituado al mando. Evidentemente, conocía a Mrs. Oliver. O intentaba trabar relación con ella.

—¡Oh, Mrs. Oliver! —dijo la mujer, que tenía una voz muy aguda—. Hace mucho tiempo que deseaba conocerla... ¡Cuánto me alegra verla! Sus libros me encantan. A mi hijo le pasa lo mismo. Y mi esposo es incapaz de viajar sin llevar consigo dos o tres libros suyos. Pero ¿por qué no nos sentamos? Quería hacerle unas cuantas preguntas.

«¡Vaya! Este tipo de mujer no es el que más me agrada, desde luego. Pero como hay que estar con alguien...», pensó Mrs. Oliver.

Se vio conducida, como guiada por un policía, hasta un sofá de dos plazas situado en uno de los rincones de la estancia. Su nueva amiga aceptó una taza de café y dispuso una taza ante ella, sobre una mesita.

—Ya estamos servidas y acomodadas, ¿ve? Supongo que mi nombre no le es conocido. Soy Mrs. Burton-Cox.

—¡Oh, sí! —exclamó Mrs. Oliver, nerviosa, como de costumbre en tales situaciones.

¿Mrs. Burton-Cox? ¿También se dedicaba a escribir libros? Pues no. No recordaba nada absolutamente acerca de ella. Pero le parecía haber oído o leído aquel apellido en alguna parte. Una leve idea cruzó su mente. ¿Lo habría leído en algún libro sobre política? Nada de novelas policíacas, de simple entretenimiento; nada de literatura de evasión. ¿Se enfrentaba con una intelectual con ideas políticas? «Bueno —pensó Mrs. Oliver—. Si me habla de cosas que no entiendo saldré fácilmente del paso exclamando: “¡Qué interesante!”.»

—Se quedará usted verdaderamente sorprendida cuando sepa lo que voy a preguntarle... —dijo Mrs. Burton-Cox—. Verá. Leyendo sus libros me he dado cuenta de que es usted una mujer de sentimientos, que comprende perfectamente al ser humano. He pensado que si hay al-

guien en este mundo capaz de responder a mi pregunta, esa persona es usted.

—La verdad, yo no sé si... —empezó a decir Mrs. Oliver, dudando de su capacidad para ponerse a la altura de los conceptos que iba a esgrimir su interlocutora.

Mrs. Burton-Cox sumergió en su taza un terrón de azúcar, triturándolo con su cucharilla de un modo... carnívoro, como si hubiese sido un hueso. O un diente de marfil, quizá, pensó Mrs. Oliver. ¿Marfil? Los perros tenían marfil en su boca, como las morsas, como los mismos elefantes, desde luego. Unos grandes colmillos de marfil. Mrs. Burton-Cox estaba diciendo:

—He aquí ahora lo primero que deseo preguntarle... Estoy segura, completamente segura, de que usted tiene una ahijada que se llama Celia Ravenscroft. ¿Es así?

—¡Oh! —exclamó Mrs. Oliver, gratamente sorprendida.

Pensó enseguida que con aquel tema de la ahijada quizá podía salir bien parada en aquella conversación. Ella tenía muchas ahijadas. Y ahijados también. Había momentos, a medida que pasaban los años, en que no acertaba a recordarlos a todos.

Había cumplido con su deber en ciertas épocas de su existencia, enviando regalos a sus ahijados por Navidad, visitándolos, a ellos y a sus padres; había llegado a ir a los colegios a los que los chicos y chicas asistían, para llevarlos y traerlos. Posteriormente, al cumplir ellos los veintiún años, una fecha señalada, se había portado como una buena madrina, haciendo acto de presencia en sus hogares, lo mismo que, más adelante, en la etapa nupcial; siempre con el presente adecuado o el regalo en metálico, u otra atención cualquiera por el estilo. Seguidamente, los ahijados, de uno y otro sexo, se habían ido alejando de su vida. Unas veces porque establecían sus hogares en países extranjeros y otras porque ejercían sus profesiones a muchos kilómetros de su residencia o se ocupaban de proyectos que no les

dejaban tiempo para nada. El caso era que, lentamente, se desvanecían. Por supuesto, Mrs. Oliver se alegraba mucho cuando, de repente, por cualquier motivo, volvía a verlos. Pero entonces ya le costaba trabajo recordar cuándo había tenido lugar la última visita, quiénes eran sus padres, qué circunstancias especiales le habían llevado a amadrinar a una criatura.

—Celia Ravenscroft... —murmuró Mrs. Oliver, esforzándose sinceramente por hacer memoria—. Sí, sí, claro. Sí. Ya la recuerdo.

Desde luego, a su memoria no acudía ninguna imagen reciente de Celia Ravenscroft. El bautizo... Había estado presente en el bautizo de la niña, naturalmente, y le regaló un precioso colador de plata estilo Reina Ana. Era muy bonito, sí. Servía para filtrar la leche y, más adelante, la niña podría vender su regalo fácilmente, cuando quisiera obtener por él algún dinero. Sí. Se acordaba muy bien del fino colador. Estilo Reina Ana... ¡Con qué facilidad se acordaba de las cafeteras, coladores o tazas de la fiesta del bautizo! Mejor, mucho mejor que de la criatura bautizada, protagonista del acontecimiento.

—Sí —contestó—. Desde luego. Pero hace mucho tiempo que no veo a Celia.

—¡Oh, sí! Celia es, hay que decirlo, una muchacha bastante impulsiva —declaró Mrs. Burton-Cox—. He de señalar que sus ideas cambian muy a menudo. Hay que reconocer que es una intelectual a quien se le dio bien la universidad. En cuanto a sus ideas políticas... Supongo que la gente joven de ahora tiene ideas políticas más o menos definidas.

—Tengo que confesarle que en cuestiones políticas soy una ignorante —manifestó Mrs. Oliver, para quien la política había constituido siempre un enigma inexplicable.

—Pienso confiarme a usted. Voy a decirle qué es exactamente lo que quiero saber. Espero que no se molestará por

ello. Sé por ciertas personas que la han tratado que es usted muy amable, que siempre está dispuesta a complacer a los demás.

«¿Estará pensando esta mujer en pedirme dinero, en un préstamo?», se preguntó ahora Mrs. Oliver. Habían sido varias las personas que habían obrado así tras un preámbulo semejante.

—Se trata de un asunto que reviste el máximo interés para mí. Es algo que me he creído en la obligación de averiguar. Celia va a casarse con mi hijo, Desmond...

—¿De veras?

—Al menos, ése es su propósito en estos momentos. Desde luego, una debe estar al tanto de la gente que la rodea y hay algo que quiero saber a toda costa. Es una pregunta extraordinaria, una pregunta que no se le puede formular a cualquiera, a una persona desconocida. Yo ya no la tengo a usted por tal, mi querida Mrs. Oliver.

«Ojalá no fuese así», pensó ésta. Se estaba poniendo nerviosa. ¿Tendría Celia un hijo ilegítimo? ¿Iría a tenerlo acaso? La mujer podría preguntarle si estaba al corriente de los hechos, solicitando de ella detalles. Sin embargo, ése habría sido un movimiento muy torpe. «Por otra parte —se dijo Mrs. Oliver—, hace cinco o seis años que no la veo y ahora debe de tener veinticinco o veintiséis. Por tanto, es natural que diga que no sé nada.»

Mrs. Burton-Cox se inclinó hacia delante, haciendo una profunda inspiración.

—Quiero que me conteste a la siguiente pregunta, porque estoy segura de que usted estará enterada o tendrá una idea muy aproximada sobre lo que pasó realmente: ¿mató la madre al padre de Celia, o fue éste quien le dio muerte a ella?

Mrs. Oliver había estado esperando muchas salidas, pero aquélla no. Se quedó mirando fijamente a Mrs. Burton-Cox, haciendo un gesto de incredulidad.

—Es que yo no... —balbució—. No..., no comprendo. Quiero decir que no sé por qué razón...

—Querida Mrs. Oliver: usted debe de estar enterada de eso... Fue un caso famoso... Sí, ya sé que ha transcurrido mucho tiempo desde entonces, diez o doce años por lo menos, pero en su día acaparó la atención del gran público. Seguro que lo recuerda. Tiene que recordarlo, a la fuerza.

Mrs. Oliver buscaba desesperadamente una respuesta. Celia era su ahijada. Esto era cierto. La madre de Celia, de soltera Molly Preston Grey, amiga suya, aunque no particularmente íntima, había contraído matrimonio con un militar, sí, con... ¿Cómo se llamaba? En efecto, con sir No-sé-qué Ravenscroft. ¿O había sido el embajador? Resultaba extraordinario que no pudiese recordar semejantes detalles. Tampoco se acordaba de si había sido ella dama de honor de Molly. Pensó que sí. Una elegante reunión en la Guards Chapel con motivo del enlace matrimonial. O tal vez éste tuvo por escenario otro lugar semejante. Estas cosas se olvidan, decididamente.

Después habían transcurrido años sin verse. El matrimonio se había ido a vivir a... ¿a Oriente Medio?, ¿a Persia?, ¿a Irak, tal vez...? ¿Habían estado en Egipto? ¿En Malasia? En algunas ocasiones, hallándose temporalmente en Inglaterra, se habían visto de nuevo. Pero aquello era como una de esas fotografías que se tocan y se miran luego alguna que otra vez. Se recuerda a las personas de la instantánea vagamente; sus imágenes están tan desdibujadas en la mente que no se acierta a identificarlas del todo. Y ella no acertaba a calibrar ahora hasta qué punto se habían adentrado en su vida sir No-sé-qué Ravenscroft y lady Ravenscroft, de soltera Molly Preston Grey. Creía que no mucho... Ahora bien, Mrs. Burton-Cox continuaba escrutando su rostro. La miraba como si se sintiera decepcionada por su falta de *savoir faire*, por no lograr recordar lo que había sido, evidentemente, una *cause célèbre*.

—¿Murieron los dos? ¿Quiere usted decir en un accidente?

—¡Oh, no! No fue un accidente. Todo ocurrió en una casa situada junto al mar. En Cornualles, me parece. Era un sitio donde había muchas rocas. Los dos fueron encontrados en una escarpadura. Y habían disparado sobre ellos. La policía no pudo concretar nada. ¿Había disparado la mujer sobre el marido, para suicidarse a continuación? ¿O fue el marido quien disparó sobre la esposa y se quitó la vida después? La policía estudió los proyectiles y diversos elementos del caso, pero tropezó con muchas dificultades para poder pronunciarse en un sentido u otro. Se pensó en un doble suicidio, previo acuerdo del matrimonio... No sé qué veredicto se dio. Se estimó la posibilidad de una desgracia. Todo el mundo estaba de acuerdo en que tenía que tratarse de algo intencionado. Fueron muchas las historias puestas en circulación...

—Posiblemente, todas ellas inventadas —manifestó Mrs. Oliver, esperanzada, tratando de recordar cualquiera de ellas.

—Bueno, es posible. ¿Quién sabe? Se dijo que aquel día, o antes, el matrimonio había discutido. Se habló de otro hombre; se habló, ¡cómo no!, de otra mujer... Nadie sabe qué pasó verdaderamente. Creo que se procuró silenciar en la medida de lo posible el caso, porque el general Ravenscroft era hombre de elevada posición social. Me parece que se dijo también que aquel año había estado en una clínica, de la cual había salido muy deprimido, no siendo dueño de sus actos...

Mrs. Oliver habló con firmeza:

—Tengo que confesar que no sé una palabra sobre ese asunto. ¡Oh! Recuerdo el caso, desde luego, por haber hablado usted de él ahora; recuerdo los nombres de los protagonistas, que yo conocía. Ignoro, en cambio, qué pudo pasar. Es que no tengo ni idea.

A Mrs. Oliver le hubiera gustado añadir a su breve discurso: «¿Cómo se ha atrevido a hacerme una pregunta tan impertinente, Mrs. Burton-Cox? Es algo que tampoco me explico, créame».

—Es muy importante que yo sepa a qué atenerme —declaró Mrs. Burton-Cox.

Por primera vez sus ojos tenían una dura expresión.

—Es importante porque mi hijo, mi querido hijo, va a casarse con Celia.

—Creo que no puedo complacerla —contestó Mrs. Oliver—. No conozco la verdad del caso.

—Sin embargo, lo lógico es pensar que usted lo sabe... —insistió Mrs. Burton-Cox—. Me explicaré... Usted escribe unas novelas de crímenes maravillosas. Usted conoce la psicología del criminal y sus móviles. Estoy convencida de que más de una vez le habrán referido cosas no publicables, cosas que explican determinados actos misteriosos para los demás.

—Yo no sé nada —contestó Mrs. Oliver, en un tono ahora menos educado.

—Usted se dará cuenta de que una no tiene a quién recurrir, de que una no sabe a quién dirigirse para formular esa pregunta. Al cabo de tantos años, no puedo ir en busca de la policía... Aparte de que ésta, de hallarse informada, no me revelaría nada, ya que se intentó acallar la cuestión. No obstante, sigo considerando muy importante conocer la verdad.

—Yo me dedico a escribir libros —manifestó Mrs. Oliver, muy fría—. Y mis libros son fruto de la imaginación. Personalmente no sé nada acerca del crimen, ni tengo opiniones determinadas en lo tocante a las cuestiones criminológicas. Temo no poder serle de utilidad en ningún aspecto.

—Pero usted podría hacerle esa pregunta a su ahijada. Podría hablar con Celia.

—¿Hacerle la pregunta a Celia? —inquirió Mrs. Oliver, muy sorprendida—. ¿Cómo voy a dar yo ese paso? Ella tenía... Bueno, creo que era una niña cuando se produjo aquel trágico acontecimiento.

—A pesar de eso, Celia debe de estar informada —aseguró Mrs. Burton-Cox—. Hay pocas cosas que los niños ignoren. Ella se lo dirá todo a usted. Estoy convencida de que se lo dirá.

—A mí me parece que lo más natural sería que la interrogara usted directamente —aventuró Mrs. Oliver.

—No me es posible... Ya que puede que Desmond se disgustara. Todo lo de Celia le afecta mucho y... estoy segura de que Celia se explayaría con usted.

—Ni por un momento he pensado en someterla a un interrogatorio —contestó Mrs. Oliver, quien hizo como si consultara su reloj de pulsera—. ¡Oh, querida, llevamos charlando mucho rato ya! La comida de hoy ha sido deliciosa... Pero tengo que irme. Estoy citada con una persona. Adiós, Mrs. Burton-Cox. Lamento no poder complacerla. Usted se hará cargo: estas cuestiones son siempre delicadas...

En aquel momento pasó por delante de ellas una escritora amiga de Mrs. Oliver. Ésta se puso en pie, asiéndola por un brazo.

—¡Mi querida Louise! ¡Cuánto me alegra verte! No sabía que estabas aquí.

—¡Oh, Ariadne! Llevamos mucho tiempo sin vernos. Estás más delgada, ¿verdad?

—Siempre tienes a mano una frase amable, Louise —dijo Mrs. Oliver, apartándose del sofá en que había estado sentada hasta aquel instante—. Me marchaba, porque tengo una cita.

—Supongo que esa mujer ha estado acaparándote, ¿eh? —contestó Louise, mirando por encima del hombro de su amiga a Mrs. Burton-Cox.

—Me ha estado haciendo terribles preguntas —explicó Mrs. Oliver.

—¿Y qué? ¿No las has sabido contestar adecuadamente?

—Pues no, Louise. No tenían nada que ver conmigo. No sabía de qué me estaba hablando. Sin embargo, si quieres que te diga la verdad, me habría gustado satisfacer su curiosidad.

—¿Era interesante el tema de vuestra conversación?

Por la cabeza de Mrs. Oliver había cruzado ahora otra idea.

—Sí, francamente...

—¡Cuidado! Acaba de ponerse en pie y supongo que te va a abordar de nuevo, Ariadne —previno su amiga—. Vámonos. Te sacaré de aquí y además estoy dispuesta a llevarte donde quieras si es que no has traído tu coche.

—Para andar por Londres jamás saco el coche. No hay manera de aparcar en ningún sitio.

—Sé muy bien lo que pasa. Es tremendo.

Mrs. Oliver se apresuró a despedirse de algunas personas. Palabras de agradecimiento, frases reveladoras de su complacencia por haber asistido a aquella agradable reunión... Poco después, Louise y ella llegaron a una plaza de Londres.

—Me habías dicho Eaton Terrace, ¿no? —preguntó la amable amiga de Mrs. Oliver.

—Sí... Pero a donde tengo que ir ahora es a... Bueno, creo que se trata de las Mansiones Whitefriars. No recuerdo bien el nombre, pero sé dónde es.

—¡Oh! Es un bloque de pisos, de corte más bien moderno. Muy cuadrados, muy geométricos.

—Eso es —dijo Mrs. Oliver.